

¿Hasta dónde debe llegar el compromiso como docente?

Francisco Javier Romero Luna*

INTRODUCCIÓN

Éste es un texto eminentemente reflexivo, basado en la práctica docente diaria y en las respuestas a cuestionamientos como: ¿Qué es el compromiso docente y qué implica? ¿Qué diferencia existe entre responsabilidad y compromiso? ¿Hasta dónde estoy comprometido como docente? Al presentar una o varias respuestas a las anteriores interrogantes se pretende, principalmente, hacer reflexionar o sensibilizar a toda aquella persona que está frente a un grupo escolar de cualquier nivel y se considera docente, profesor, educador o maestro, para que, a partir de las ideas aquí expuestas, acepte adquirir un compromiso en su trabajo diario.

Sin duda alguna, el trabajo como docente es uno de los más comprometedores a los que un ser humano se puede entregar, en virtud de que la carga de la responsabilidad es de tamaño tal que el más pequeño error, incluso involuntario, es capaz de coartar los ánimos de niños, jóvenes y adultos que depositan en su profesor alguna esperanza de mejora en sus condiciones de vida. Con esta premisa clara, es de suponer que quienes hemos tomado ese camino como forma de vida debemos estar ciertos de que se trata de una labor titánica en la que el deseo de superación constante, el conocimiento de nuestra área de especialidad y sobre todo, la disposición de aprender de cada experiencia de nuestra vida, son mucho más que una obligación.

Sin embargo, el compromiso de los docentes comienza a ser materia de discusión ante las evidencias de una realidad nacional, que ha generado un entorno socioeconómico en el que las personas, para sobrevivir, buscan alternativas diversas para sobrellevar las adversidades del entorno. En este sentido, el egresado de cualquier carrera universitaria ve con terror que todas sus aspiraciones de éxito, sostenidas en la culminación de sus estudios, no son más que un referente anecdótico al momento de enfrentar al mundo real. Prueba tangible de ello tiene que ver con el trabajo docente, puesto que después de varios intentos por encontrar empleo en alguna empresa o incluso después de un despido, muchos profesionistas ven en la docencia un refugio para sobrevivir por cierto tiempo; la consecuencia de esto es que se convierten en profesores sin vocación, que transmiten y contagian desgano a sus alumnos.

* Francisco Javier Romero Luna. Profesor Investigador del Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

De lo anterior surge una pregunta: ¿El compromiso docente está en crisis? No se trata de caer en discusiones estériles que no aporten nada; sin embargo, es necesario establecer que la docencia no puede ser un trabajo de improvisación dada la naturaleza de su importancia social. La necesidad de ser productivo en un mundo globalizado es incuestionable, máxime si el paradigma común implica el famoso *time is money*, aunque en contraparte, no parece del todo ético optar por una labor en la que seres humanos con necesidad de trascendencia se entregan con plena confianza a esos docentes “supuestamente comprometidos”.

Siempre es momento para hacer un alto, detenerse un poco a reflexionar, a cuestionarnos sobre nuestro diario trabajo como docentes y sus implicaciones en nuestra vida, dentro y fuera del aula, pues: “pensar la educación y formación de los individuos en un terreno estrictamente académico no siempre es fácil. Todos los seres humanos, a lo largo de nuestra existencia estamos relacionados con el conocimiento y con el aprendizaje. Todo nos sirve para integrar, saber y transformar nuestras actitudes ante la vida; sin embargo, bien sabemos que no es lo mismo el aprendizaje espontáneo, el empírico frente al sistematizado y organizado. Este último es el que debe sustentar la formación académica que escuelas, institutos y universidades ofrecen a los educandos con la finalidad de formar a los técnicos y profesionistas del futuro, quienes, aunque suene como frase hecha, tendrán sobre sus hombros la responsabilidad de sostener el desarrollo y la economía de nuestro país, el desarrollo y economía personal, el crecimiento como seres humanos y ciudadanos comprometidos con su entorno” (Alcalá, 2002:2).

Además, si entendiéramos que como docentes tenemos en nuestras manos a un sujeto, a un ser humano para apoyar, participar o influir, en su educación y en su formación, podríamos comprender la esencia de nuestro compromiso docente que radica no sólo en nuestra formación sino, fundamentalmente, en las tareas desarrolladas diariamente en el aula, dirigidas a lograr la generación de un cambio conductual en los alumnos que están bajo nuestra responsabilidad y ejemplo.

DESARROLLO

Inicialmente, se hace necesario precisar el significado de los dos términos centrales en este trabajo: *compromiso* y *docente*. Según el *Diccionario de la Lengua Española* de “compromiso”, en su acepción número cuatro, dice: “obligación contraída, palabra dada, fe empeñada” y en su acepción cinco: “estar en riesgo o situación dificultosa”. Podemos darnos cuenta de que ambas acepciones se complementan, porque cuando estamos entregando nuestra palabra o cuando contraemos una obligación estamos siempre en riesgo de fallar, de vernos sometidos a una situación difícil, sobre todo si es la sociedad quien nos juzga y castiga por el simple hecho de “ser docente”, que, según el *Diccionario de la Lengua Española*, es la “Persona que se dedica a la enseñanza, persona que ejercita o practica la docencia, o sea el oficio de enseñar”. A partir de precisar estas minucias se empiezan a fraguar mis cavilaciones que ahora comparto con muchos colegas lectores.

Con la finalidad de lograr, como docentes, identificar o ubicar qué rol o modelo desempeñamos en el aula, presento a continuación, basándome en Gauthier y Tardiff (1996), una clasificación otorgada a los individuos dedicados a la tarea de enseñar, tomando en cuenta sus actitudes, su desempeño, su responsabilidad y el nivel de compromiso asumido dentro del aula con los alumnos y el resultado de su proceso educativo. Así, tenemos los siguientes tipos de docentes:

Maestro natural: Así se denomina al docente sólo dedicado a transmitir un saber, un conocimiento, a cumplir con un horario, con un programa escolar. Su responsabilidad máxima es “llenar” de conocimientos el cerebro de sus alumnos, considerando que su mente es una *tabula rasa*, una pizarra en blanco sobre la cual puede implantar muchos conocimientos, considerados por él como importantes y necesarios, durante la vida escolar de sus alumnos. Este docente “considera que el conocimiento colocado en la mente es acumulativo y el conocimiento posterior va edificándose sobre el existente. Para él, tiene mucha importancia la suposición de que la mente del niño es pasiva, como un receptáculo preparado para ser llenado. En este modelo no entra la interpretación activa o constructiva. La tendencia didáctica mira al alumno desde el exterior, desde la perspectiva de una tercera persona, en lugar de tratar de entrar en sus pensamientos” (Bruner, 1997: 29). Además, es evidente la nula comunicación entre docente-alumno, sólo predomina la información; la enseñanza no es un diálogo, sino el habla de uno –el que “sabe”– al otro –el que “nada sabe”. Uno transmite, el otro recibe y guarda, todo un cúmulo de “conocimientos” para reproducir de manera literal en la resolución de un escrupuloso y exhaustivo examen, que de no aprobarlo, según el docente, se deberá a “su falta de capacidad mental” o su “bajo coeficiente intelectual”. Y, aunque nos parezca increíble, a pesar de estar ya en el siglo XXI, nos seguimos encontrando, en cualquier nivel educativo, docentes identificados como los descritos.

Este docente cree estar desempeñando de manera adecuada, responsable y comprometida su labor, y lo seguirá creyendo mientras no se quiera dar cuenta de que ese modelo didáctico no está vigente y mucho menos es aplicable a los retos y la visión pedagógica de nuestros días. Son docentes con una posición unilateral, de sabelotodo, cuyo “prestigio” se basa en una figura de “genio” presuntuoso por formar alumnos considerados como “modelo” por la cantidad de conocimientos acumulados, exámenes resueltos a la perfección y llenos de información, que saben mucho, aunque entienden poco. En la actualidad, este tipo de docente hace daño, perjudica y entorpece la verdadera formación y educación de un ser totalmente pensante.

Maestro artista: continuando con la revisión descriptiva de las características de los docentes que considero no comprometidos con su tarea y mucho menos con sus alumnos, hablaré del *maestro artista*, a quien, en contraste con el anterior, sí le interesa la participación de sus alumnos, y sí los hace colaboradores del proceso de formación, sólo que como sujetos activos y no reflexivos; es decir, “ve a los alumnos como aprendices o simples imitadores, pretende la adquisición del saber hacer, sólo demuestra o enseña una actividad eficaz donde exige al alumno ser hábil y práctico, mas no reflexivo. Su ejemplificación está basada implícitamente en la creencia del adulto en que el discípulo no sabe cómo hacer y puede aprender si alguien que sabe y tiene experiencia le muestra... Este docente suele convertir sus propias acciones demostrativas en actuaciones donde pretende reflejar vivamente lo necesario para el accionar ‘adecuado’ de sus estudiantes y así aprendan a hacer bien las cosas...” (Bruner, 1997:31).

El maestro artista se cataloga como experimentado en el dominio de su materia o asignatura, y expuesto en el manejo y aplicación de las novedosas teorías pedagógicas implementadas en sus clases. Practica constantemente con “dinámicas o técnicas grupales”, basándose en la idea de que el constante inter-

cambio y puesta en común del conocimiento reafirman y retroalimentan los conocimientos adquiridos a través de una clase teórica. Le interesa mucho estar a la vanguardia, por no decir “a la moda”, en lo referente a estrategias pedagógicas, pretende dominar o especializarse en ellas para convertirse en un “experto teórico”. Este tipo de docente es muy común, y es fácil identificarlo. Es considerado socialmente como “buen maestro” porque sí está comprometido con una parte de su tarea docente: “enseñar para que sus alumnos aprendan”. Pero, ¿qué, por qué, y para qué aprender? Esto no lo razona, ni involucra al estudiante en esa reflexión, porque el maestro, como experto y guía, lo decide todo, lo sabe todo; el alumno se limita a recibir y asimilar sin tener conciencia de la utilidad de esos conocimientos.

Dado que su objetivo a cumplir es proporcionar a sus alumnos muchas experiencias prácticas que podrán aplicar en el transcurso de su vida para generar sus propios aprendizajes, deja de lado la otra parte del compromiso docente, considerar a sus estudiantes no sólo como “objetos” que reciben, aprenden y practican nuevos conocimientos, sino como “sujetos” capaces de comunicar vida a sus aprendizajes; aplicarlos, no sólo dentro del aula o para su formación educativa, sino llevarlos más allá, hasta la transformación de su modo de vida y, por ende, de su entorno.

Maestro científico. Parecido al anterior, por el estricto cumplimiento de los programas y de la transmisión de un vasto número de conocimientos, a diferencia de éste, desempeña su labor docente basado en la idea de que “el alumno aprende a partir de exponerle hechos, principios y reglas de acción que debe asimilar, recordar y después aplicar” (Bruner, 1997: 37). Este maestro parte de la suposición de que los alumnos ignoran casi todo y, precisamente, ese “saber” está, principalmente, en la mente del profesor, en los libros, mapas, bases de datos, enciclopedias y todas aquellas fuentes de conocimientos dignas de ser consultadas. Así, para él, es suficiente presentarles e indicarles a los alumnos cómo localizar la información y de ahí adquirir los conocimientos generadores de su aprendizaje. Su principio básico es “Al conocimiento se le debe ‘ver’ o ‘escuchar’, es un corpus explícito, una representación de lo que se debe conocer”. Por eso, los alumnos, deseosos de aprender, sólo deben recurrir al maestro y a las fuentes depositarias del conocimiento para descubrir ahí todo lo que nutrirá su intelecto, desarrollará su aprendizaje y le dará los conocimientos “suficientes o necesarios” para continuar con su preparación.

A este tipo de docente, considerado como “buen informador” y “verdadero científico”, para sentir que ha cumplido con su compromiso ético, le bastará pedir la estricta atención de sus alumnos y explicar “magistralmente” su clase con ejemplos experimentales que puedan quedar grabados en la memoria, de los cuales sus estudiantes, deberán deducir los conocimientos sustanciales. Aquí se permite el ensayo y el error, pero sólo bajo la responsabilidad del alumno. Si fracasa, será su “culpa”, pues el docente cumplió con generar el aprendizaje y comprobar que se adquirió mucha información, aunque no le interesa saber si para los alumnos esa información es útil o no, si puede o no aplicarse, y mucho menos, si todo lo aprendido va a transformar su manera de vivir.

Hasta aquí, sólo he analizado las características de docentes no comprometidos y relativamente comprometidos. Ahora hablaré de los más comprometidos y de los totalmente comprometidos. Inicio con el *Maestro animador-terapeuta*, el mejor ejemplo de docente más comprometido, tanto en su labor como respecto

a sus estudiantes. Este docente empieza por cuestionarse de manera cotidiana algunos aspectos primordiales: ¿cómo formar y educar al mismo tiempo, qué enseñar, por qué y para qué enseñar, cómo hacer participar al estudiante como sujeto activo del proceso pedagógico, cómo apoyarlo a enfrentar su problemática personal, familiar y social? Y todo esto sin quedarse sólo en los cuestionamientos, sino encontrando las repuestas para generar acciones y llevarlas a la práctica dentro y fuera del aula. Su visión del estudiante es considerarlo como un ser humano en formación, al que debe apoyar en el desarrollo pleno de todas sus capacidades para que pueda convertirse en un sujeto transformador de su entorno.

Este tipo de docente no es un psicólogo ni un trabajador social, un guía espiritual o algo parecido, no, es más bien un sujeto consciente de que el proceso pedagógico es “un constante interactuar con un sujeto poseedor de otras y menos experiencias, con diferentes conocimientos, pero con actitudes y capacidades potencialmente iguales, permitiéndole con esto una mejor adquisición de conocimientos y un compartir experiencias para el logro de una formación integral (física-mental y espiritual) que le dé la oportunidad de enfrentar y modificar su realidad” (Romero, 2002:3).

Maestro profesional: Y llegamos al final, ¿cómo es o debe ser un maestro totalmente comprometido con su tarea docente? No es fácil responder con plenitud a este cuestionamiento, sin embargo, haré el mejor esfuerzo para describir las características principales de este tipo de docente, quien “debe tener como punto de partida el conocimiento y la reflexión de su tarea, de manera tal que pueda proveer a sus alumnos y alumnas de condiciones favorables al logro de la experiencia del aprendizaje, a partir del diseño de sus cursos [...] Aquí se conceptualiza al docente como un ser capaz de sustentar sus acciones en la racionalidad, considerando siempre su experiencia, los principios que posee, sus capacidades, alcances y limitaciones, sus conocimientos y sus estrategias didácticas” (González, 1999: 27). Su tarea no sólo es cumplir con la transmisión de conocimientos o la generación de aprendizajes significativos en sus estudiantes; en realidad, su trabajo se convierte en compromiso cuando busca la superación constante en todas las áreas de su vida: profesional, personal, física y emocional.

CONCLUSIONES

Por lo tanto, el docente profesional debe estar totalmente comprometido con su práctica diaria, debe partir siempre de una reflexión sobre su tarea, pues esto le permitirá convertir sus intenciones en propósitos y acciones, debe realizar la constante práctica de una investigación coadyuvante a una mejor aplicación y desarrollo del proyecto educativo. Porque si el docente hace efectiva la “Investigación-acción, entendida como la reflexión y estudio continuo –antes, durante y después– del proceso de enseñanza-aprendizaje”, podrá, a partir de los resultados obtenidos, hacer los ajustes y/o modificaciones en el diseño (rediseño), buscando siempre los mejores resultados que se vean reflejados en la vida diaria de los estudiantes” (González, 1999: 35).

Las consideraciones anteriores apuntan a la necesidad de que los docentes nos propongamos como tarea esencial el diseño de nuestros propios cursos, dada la oportunidad que esto nos ofrece para profesionalizar nuestro trabajo y, además, como forma de participar en la construcción de los proyectos educativos institucionales (currículum) orientados al logro de una educación de calidad.

Además, no debemos olvidar que la educación es un proceso esencialmente social, por lo tanto, no puede construirse individualmente, pues requiere de la participación y el enriquecimiento del trabajo colectivo, la consulta, la retroalimentación de los colegas e incluso de los puntos de vista de los alumnos, quienes pueden darnos ideas o aportaciones para un adecuado desarrollo de nuestro quehacer docente y el cumplimiento de un verdadero compromiso ético.

Compromiso ético irrenunciable, pero también compromiso epistemológico ineludible, el que debe asumir un docente que se precie de tal, cuando desempeña con responsabilidad y entrega su trabajo, porque se “enseña y forma” no sólo por los conocimientos seleccionados, sino también por las actitudes asumidas. De allí su doble compromiso: epistemológico, con los conocimientos, y ético, con los valores que refleja en su tarea diaria dentro y fuera del aula.

Por otro lado, es cierto que todos tenemos derecho a trabajar, lo cual no se discute. No obstante, si éste es el camino que, aún por rebote, hemos decidido tomar, es necesario que reflexionemos en torno al gran compromiso adquirido y tener siempre en cuenta algunos aspectos, como los siguientes:

- Comprender que el maestro tiene un compromiso total con su profesión, por lo que debe esforzarse por dar lo mejor de sí, buscando el equilibrio entre fondo y forma; es decir, no basta con ser erudito en un área del conocimiento, hay que saber transmitir conocimientos para que todos los comprendan.
- Entender que ningún libro dice que el profesor tiene que ser una enciclopedia viviente, es perfectamente válido reconocer que no sabemos algo. Ante ello, es preferible decir no sé a buscar explicaciones “de la manga” que desinformen a los alumnos y en casos extremos evidencien que se quiso salir del paso con un acto irresponsable.
- Buscar nuevas fuentes de conocimiento, comprender que con un capital cultural más rico las posibilidades de interacción son mayores, bajo el entendido de que no sólo hay que actualizarse en tópicos de nuestra profesión, sino también en aspectos didácticos que favorecen nuestro desempeño ante grupo.
- Establecer que la actitud que asumimos es la clave para salir adelante. En este trabajo, no es ético “tirar la toalla” ante los primeros obstáculos que se enfrentan en el proceso. Ante la adversidad se debe sonreír, ante la duda se debe cuestionar, ante el temor se debe conocer.
- Ubicar nuestra verdadera especialidad, puesto que aunque se tenga un título profesional siempre hay disciplinas que son mejor dominadas que otras, por lo que no se puede ser profesores “todólogos”. Dice el adagio: “Zapatero a tus zapatos.” (Díaz, 2004: 2).

La educación es la base del progreso en cualquier parte del mundo y en la medida que el compromiso de los profesores se haga más expreso y se recupere la vocación de servicio, podremos tener aspiraciones de grandeza sustentadas en hechos y no en sueños.

B I B L I O G R A F Í A

- Alacalá Esqueda, Rosa María, *Curso de didáctica genera*, (Apuntes). Puebla, México: Instituto Anglofrancés, 2000.
- Bruner, Jerome, "Pedagogías de uso común", en *The culture of education*. USA: Mass, Harvard University Press, 1997.
- Díaz Méndez, David Alejandro, *Entre la necesidad y la ética, ¿el compromiso docente en crisis?*. (Ponencia). México: IDES, 2004.
- Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, España: Cultural, 2001.
- Gauthier, C. y M. Tardiff, *La Pédagogie. Théories et pratiques de l'antiquité à nos jours*. Montreal, Canadá: Gaetan Morin, 1996.
- González Capetillo, Olga y Manuel Flores Fahara, *El trabajo docente*. México: Trillas-ILCE, 1999.
- Romero Luna, Francisco Javier, *¿Qué es eso de ser maestro?* (Ponencia). Puebla: V Encuentro de investigación educativa, SEP, 1999.